



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I
31 de diciembre de 1887
Núm. 9



FELIZ AÑO

Ayuntamiento de Madrid

EL AGRADECIDO

(HISTORIETA)

En ciertos pueblecitos de la montaña son tan escasos los medios de instrucción, que más de la mitad de sus habitantes no saben ni las primeras letras. Aunque no les falten escuelas donde aprender, ni los alumnos concurren con la aplicación debida, ni los maestros ponen gran cuidado en estimularles, á causa del abandono en que ellos mismos suelen verse.

Viven aquellas gentes en la pobreza, ocupados en rudos trabajos; y, considerando que para eso no necesitan estudios, apenas dan un paso por mejorar su situación y para salir de su ignorancia.

Imaginaos, por consiguiente, cómo se encontraría el pobre Ramoncito, en uno de dichos pueblos, habiendo quedado huérfano de padre y madre á la edad de nueve años, ávido de saber lo que descuidaban sus compañeros, con notable disposición para el estudio, y privado de asistir á la escuela porque ya necesitaba ganarse el sustento con sus fuerzas infantiles, ayudando continuamente en sus faenas á leñadores y mineros.

En vano suplicó al maestro que le dedicase alguna hora de los días de fiesta. Abrumado aquel hombre por otras ocupaciones muy diversás, pues no le bastaban para mantenerse los emolumentos de su profesión, no tenía ni tiempo ni ganas de atenderle.

* * *

De esta manera trascurrió un año: Ramoncito envidiando á los demás niños cuando les veía entrar en el patio cubierto que servía de escuela, y ellos envidiándole á él porque estaba libre de los castigos que el maestro solía imponerles.

Un día llegó al pueblo un anciano de aspecto miserable, pero simpático. Su modo de andar era doblemente penoso, por la pesadumbre de los años y por la falta de una pierna, que suplía con una muleta.

Era un vendedor ambulante de escapularios y medallas, y en su escaso equipaje traía algunos libros. Como la venta de tales mercancías no le producía bastante para vivir, también pedía limosna.

Los escolares principiaron á señalarle con el dedo, y concluyeron por hacerle objeto preferente de diversión. Encontraban risible la cojera, y se olvidaban del respeto debido á la ancianidad y á la desgracia.

Pero Ramoncito salió á la defensa del anciano, apostrofó á sus compañeros con energía, rara en su edad, y les obligó á desistir de tan indigna diversión, dejándolos confusos y avergonzados.

Podréis figuraros cómo el pobre viejo correspondería á la noble acción del huerfanito, sabiendo que desde entonces no se separaron el uno del otro.

Simultáneamente se dieron los nombres de padre y de hijo; nombres que nunca fueron más dulcemente pronunciados.

* * *

Aquel afecto, que naciera al aliento de la gratitud, empezó luego á dar ópimos frutos.



La luna

Si el niño partía con el anciano el pedazo de pan que ganaba con sus fuerzas infantiles, el anciano, hombre ilustrado que se veía en la indigencia por terribles vicisitudes, partía con el niño el pan de la instrucción.

Leer y escribir correctamente; conocer la gramática, la aritmética, la historia, la geografía; enterarse de las verdades de la religión y de los fundamentos de la moral: todo esto y más lo consiguió Ramoncito en mucho menos tiempo del que casi todos empleamos en las escuelas é institutos. Ni un solo día dejaba de estudiar, porque era el estudio su distracción más agradable. Sin embargo, su maestro le obligaba cariñosamente á moderar su aplicación los días de fiesta, en obediencia al precepto evangélico.

Y aquellos libros que había traído al pueblo, y que contenían tesoros, fueron sucesivamente enriqueciendo la inteligencia y la memoria del huérfano.

Los que insultaran al venerable cojo seguían concurriendo á la escuela, pero apenas sabían deletrear, ni conocían sino los rudimentos de algunas cosas.

¡Imaginaos cómo se asombrarían oyendo á Ramoncito explicar los elementos que constituyen nuestro planeta, las variaciones de la atmósfera, la formación de los ríos, la vida de las plantas, el curso de los astros y la historia de los pueblos!

*
**

Y sucedió lo que era natural.

Ellos permanecieron en la ignorancia, que les cerraba las puertas de la sociedad, privándoles hasta de la esperanza del bienestar, mientras se abrían para el pobre huérfano, que llegó á obtener una posición distinguida.

¿Creeréis que le costó grande esfuerzo alcanzarla después de hallarse tan instruído y bien educado?

Cuando volvió á verse solo, por haber muerto entre sus

brazos su padre adoptivo, rendido al peso de la vejez, y bendiciéndole, se despidió del pueblecillo de la montaña y se presentó en una ciudad.

Allí principió á darse á conocer en esfera muy modesta, pero la docilidad y la laboriosidad le sirvieron en seguida para evidenciar la instrucción y el talento. Y entonces fué buscado con solicitud y protegido con empeño.

Aun en la edad madura, cuando se encontraba seguro en su posición envidiable, el dulce recuerdo del anciano le causaba emoción profunda.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL



Un amigo peligroso

AUREOLAS

VELÁZQUEZ

MCABABA de subir al trono el rey D. Felipe IV cuando se reveló el gran pintor, orgullo y gloria de la patria.

Nació en Sevilla, y fué bautizado el 6 de junio de 1599. Al terminar sus estudios clásicos, tuvo dos maestros tan diferentes en su estilo como de opuestos caracteres: fueron Herrera, el Viejo, y Pacheco. Para acallar su ansia infatigable de saber, tomó un *tercer* maestro, y estudió sin darse punto de reposo.



Un amigo peligroso

Púsose á copiar con un cuidado minucioso cuantos objetos la Naturaleza le ofrecía. Así pudo llegar, andando el tiempo, á aquella increíble verdad que es rasgo característico de sus obras. El estudio de algunas obras venidas de Italia y Flandes, y las de Luis Tristán de Toledo, acabaron de perfeccionar su correcto estilo, y de revelarles como una eminencia en el difícil arte que cultivaba.

Trasladado á Madrid en la primavera de 1622, cuando tenía veintitrés años, hizo incesantes estudios en las ricas colecciones del alcázar de los

reyes y del Escorial. Encargóle su retrato Felipe IV; y tan prendado quedó de él, que mandó retirar al punto, en un montón, cuantos se habían hecho hasta entonces de su real persona, confiando á Velázquez el título de pintor de cámara, al cual añadió luego el de ujier de cámara, y algo después el de aposentador mayor.

El regio favor no alteró ni el carácter bondadoso ni las austeras costumbres de Velázquez. Después de un viaje á Italia, efectuado para estudiar las obras del Tintoretto y del Veronés, pasó diez y siete años casi encerrado constantemente en su taller. En marzo de 1660, en calidad de aposentador mayor cuando la jornada de Felipe IV para la entrega de su hija María Teresa por esposa de Luis XIV, que fué á recibir en la frontera á su real novia, se trasladó á Irún, donde ordenó lo conveniente al recibimiento del rey de Francia. Las fatigas de este viaje alteraron su salud, ya quebrantada;



Los tres nenes

y volvió enfermo á Madrid, falleciendo el 7 de agosto de 1660, á la edad de sesenta y un años, no sobreviviéndole su viuda más que siete días.

Velázquez no fué solamente el gran maestro de la escuela española y el primer pintor de su siglo: timbres no menos preciados enaltecen su nombre esclarecido. Tal es el recuerdo de sus bondades. Alma austera y sencilla, jamás conoció la envidia, jamás albergó su corazón ningún sentimiento que no fuese varonil; dejando á la posteridad, á la par que las más portentosas obras del arte, la ejemplaridad de una vida pura, idealmente noble, y el modelo de un ser sin mancha, digno de ser venerado por todos los que prestan culto á la dignidad y á la virtud.

TRINIDAD DE LA ROSA



LOS NIÑOS DE LA BIBLIA

Los tres niños del horno de Babilonia

CUANDO Nabucodonosor, aquel rey á quien por sus pecados trasformó el Señor en bruto, destruyó á Jerusalén y su templo, llevándose cautivos á los vencidos á la maldita Babilonia, mandó á su mayordomo Asfenez que escogiera entre ellos algunos niños de ilustre nacimiento, buena salud y gra-



Los tres nenes

cioso aspecto y los hiciera instruir. Asfenez cumplió el real mandato, eligiendo entre otros á Daniel, Ananías, Azarías y Misael.

Había ordenado el rey que se les diera de comer de los manjares de su mesa; pero los piadosos niños sólo hacían uso de los permitidos por la ley en cuya fe habían nacido y deseaban morir, prefiriendo á los regalados platos las simples y humildes legumbres, y aun esto con tanta sobriedad que temía por su salud el mismo mayordomo.

Sometidos á la voluntad del vencedor, pero esperando siempre en el Dios de sus padres, que libertó á Israel de la esclavitud de Egipto, recordando las grandezas y ruinas de la patria y llorando sobre sus recuerdos, fueron creyendo los escogidos niños, siendo admiración de propios y extraños por su aplicación y virtud. Así fué que, cuando el rey quiso ver por sí mismo el estado de instrucción en que se hallaban, haciéndoles las preguntas que le per-

mitía el suyo, hubo de reconocer en los adolescentes más erudición y doctrina que en todos los magos y adivinos de su reino.

Había erigido el rey, en tierra de Babilonia, una estatua de oro de sesenta codos de alta; y algunos años después mandó, por solemne edicto, que, á una señal convenida de instrumentos músicos, todos sus vasallos se pusieran de rodillas y adoraran el ídolo, con terrible apercebimiento de ser arrojados á un horno encendido los que dejaran de cumplir su mandamiento.

Hecha, pues, la señal, Ananías, Azarías y Misael, que estaban juntos, se mantuvieron en pie, sin querer dar al ídolo la adoración que sólo daban al Dios verdadero.

Acusados ante el rey los tres hijos de Israel de haber despreciado el ídolo en desacato del real mandamiento y con escándalo del pueblo babilonio, Nabucodonosor les hizo comparecer á su presencia, y con ceñudo rostro y voz de enojo les preguntó si era cierta la irreverencia de que se les acusaba.

—Cierta es,—contestaron á una los tres adolescentes.

—¿Y no sabéis la pena de semejante delito?

—No tememos á las llamas ni nos espanta ningún otro suplicio. El Dios de Israel, que es el Dios verdadero, nos libertará, si es servido; y aunque en sus altos designios no nos libertara, tampoco tendríamos dioses extraños delante de Dios, que es el primer mandamiento de la ley.

—¿Qué ley ni mandamiento puede haber sobre mi voluntad soberana en Babilonia?

—El mandamiento y ley de Jeovah.

—¡Vivo yo!—exclamó el rey lleno de cólera.—¡A ver, esclavos míos, fieles ejecutores de mis mandatos! Caldead siete veces más el horno, atad de pies y manos á estos mancebos insolentes y temerarios, arrojadlos á las vivas llamas, y venga, pues, Jeovah á oponerse á mi mandato.

Y los tres mancebos, atados de pies y manos, fueron arrojados al horno encendido, cuyas llamas, siete veces más voraces, abrasaron á los ejecutores del suplicio, sin tostar siquiera un cabello de los tres santos mancebos, los cuales se paseaban sobre el fuego cantando con dulce voz el cántico: «¡Bendito seas, Señor de nuestros padres!»

El rey se quedó asombrado al ver aquel gran prodigio, y, levantándose con azoramiento, dijo á uno de sus ministros:

—¿No eran tres los mancebos que echaron al horno?

—Ciertamente.

—Pues, ¿cómo se ven ahora cuatro paseándose y cantando entre las llamas?

En efecto: se lee en el libro de Daniel que un ángel del Señor había bajado al horno previamente para recibir á los tres niños, mártires de su constancia en la fe de sus padres, y apartaba las llamas de sus cuerpos y les hacía aire con las alas.

Nabucodonosor se acercó luego á la boca del horno, llamó á los mancebos por sus nombres, y, viéndolos salir ilesos, hubo de reconocer que la voluntad de Jeovah estaba sobre la suya: prohibió que se blasfemara contra el Dios de Israel, y promovió á los tres jóvenes á honrosos cargos en tierra de Babilonia.

CECILIO NAVARRO



EL MEDICO

A mi distinguido profesor Dr. Pascual Garín

(CUADRO)

Una madre que llora desolada,
un lecho y una luz; la noche oscura;
disuelta en el ambiente la amargura;
la muerte en un rincón acurrucada.

Tiende, por fin, su mano descarnada
para asir á la débil criatura,
cuando grave y fantástica figura
avanza lenta por la sombra helada.

Dice una frase y el dolor se aleja;
da una fórmula y vuelve la alegría;
y á la muerte dirige tal reproche,

que ella, exhalando furibunda queja
suelta la presa que logrado había
y se funde á lo lejos con la noche.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

El torrente

— NUESTROS GRABADOS —

FELIZ AÑO

El frío es vivo, pero la obligación de ir á felicitar á los amados parientes es imprescindible. La niña se ha arropado bien, y, sin temor al cierzo, se dispone á hacer las visitas de reglamento, sabiendo los muchos regalitos que le esperan por parte de los abuelitos, los títos y demás deudos; después de lo cual se coloca en la primera página de EL CAMARADA, y, ya aquí, tiene el honor de desear á sus innumerables amiguitos y respectivas familias el más feliz año nuevo.

LA LUNA

¿Qué es la luna, mamá?

Ese astro refulgente que veis en el cielo es una hermosa dama, de rostro pálido y risueño. Allá, en las altas regiones perdidas entre las nubes, habita en un brillante palacio, oculto durante el día por cortinas que sólo se descorren de noche. Entonces osténtase con toda su majestad, y con sus dedos de plata difunde esplendentes rayos de luz que iluminan dulcemente la celeste bóveda. Y, conducida en su dorado carro, atraviesa campos inmensos, donde cada flor es una brillante estrella.



Travesuras de un perro

UN AMIGO PELIGROSO

Érase un niño llamado Carlos que no tenía miedo de nada. Cogía ranas y lagartijas, y acariciaba á los perros desconocidos, por grandes que fueran; pero era muy buen chico, y nunca hacia daño á ningún animal. Conducía las vacas al establo, y profesábales mucho cariño; tanto que solía hablarles familiarmente como si pudiéranle comprender.

Cierto día Carlos penetró entre un grupo de vacas que estaban en la pradera, y apenas hubo dado algunos pasos vió un corpulento toro que se adelantaba hacia él. No creáis que Carlos se asustara por esto: sabía que era inútil correr, porque muy pronto sería alcanzado; y, arrancando un puñado de yerba del suelo, ofreciósele al toro.

El animal tenía un aspecto amenazador, porque los hombres que le condujeron allí habíanle maltratado atándole una cuerda al cuello; pero cuando vió al muchacho tan sereno, comprendió que no tenía intenciones de hacerle daño. Entonces se detuvo, miró á Carlos un momento y comió tranquilamente la yerba que le ofrecía.

El chico arrancó más yerba, y repitió la operación hasta que el toro se dió por satisfecho; y tuvo el gusto de ver á éste seguirle tranquilamente.

Al día siguiente el muchacho llevó algunos nabos para el toro, y, como le gustaban mucho, se los comió con evidente satisfacción. Desde entonces Carlos va todos los días á ver á su protegido para darle alguna cosa.

Cierto día, al pasar el padre del muchacho por la pradera, espantóse al ver á su hijo montado en el toro. Llamóle á gritos, y palideció al ver que Carlos, cogiéndose de las astas del animal, se deslizaba entre ellas para llegar al suelo. Temía que el toro voltease al muchacho; pero, lejos de ello, hizole una caricia con el belfo.

Al día siguiente el labrador mandó retirar el toro para que su hijo no tuviese tan peligroso amigo; pero seguramente no le hubiera hecho ningún daño.



Travesuras de un perro

LOS TRES NENES

Pedro, Juan y Antoñito son tres niños muy felices. Por la mañana, cuando se levantan, su mamá los lava de pies á cabeza en agua fresca y cristalina, los peina y los viste; y, una vez arreglados, los tres se sientan á la mesa, en el comedor, para almorzar, siempre alegres y bulliciosos. Apenas han concluido, si hace buen día, los llevan á paseo; pero si llueve ó no brilla el sol entréganse á sus juegos dentro de casa, pues tienen muchos juguetes: caballitos de cartón, sables de hoja de lata, perritos de resorte, y cuanto pueden apetecer para entretenerse. Cierto que algunas veces disputan entre sí; pero la mamá restablece muy pronto la paz: sienta en sus rodillas al que está más afligido, y acariciale con tierna solicitud. ¡Qué felices serán estos niños mientras no les falte su madre!



Travesuras de un perro

EL TORRENTE

—¿Dónde vas,—preguntábanle dos niños á un torrente,—dónde vas tan presuroso, alejándote de estos lugares, donde todo es agradable y encantador? ¿Por qué te expones á los peligros en tu precipitada carrera, cuando aquí podrías estar tranquilo y seguro?

A lo que el torrente contestó:

—De vuestros pasos cuidado, cándidos niños, que los míos están ya marcados de antemano y nada debo temer, porque el Señor dirige mi curso y cumplo con mis deberes, como yo quisiera que cumplirais con los vuestros.



Travesuras de un perro

TRAVESURAS DE UN PERRO

—¿Dónde está el zapato de la pequeña?—preguntó mamá una mañana.

La niña Gertrudis, que estaba sentada en el suelo, sonrió maliciosamente, agitando sus piecitos y manos, pero sin decir nada, pues aun no podía hablar. Luisa y Adela no sabían dónde estaba el zapato; pero ellas y el perro Lindoro eran los únicos seres que había allí además de la niña pequeña y de la madre.

A los pocos días de ocurrir este incidente, papá compró una muñeca para Adela. Era de madera pintada, pero tenía un vestido muy bonito, cabello y ojos negros, y un aspecto muy agradable. Adela le puso por nombre *Rosa*.

Cierta mañana la niña fué á dar de comer á los pollos, juntamente con su hermana, ocu-

pación que la divertía mucho; y dejó á su muñeca tomando el sol; pero cuando volvió había desaparecido ya.

—Yo no encuentro mi cepillo,—dijo su hermana. Y buscó por todas partes sin poder hallarlo.

Al día siguiente se echó de menos el sombrero de paja de papá, que se incomodó mucho y juró castigar al ladrón cuando averiguase quién era.

A los pocos días vió á Lindoro desgarrando una cosa en el patio y haciéndola rodar por el suelo. Fué á mirar lo que era, y vió su sombrero hecho pedazos.

Espantado Lindoro al observar que le amenazaban, emprendió la fuga y fué á esconderse en el cobertizo. Papá le siguió hasta allí, y con no poco asombro vió en un agujero todos los objetos que se habían echado de menos, es decir, el zapatito de Gertrudis, la mu-



La cigüeña domesticada

ñeca sin cabeza, el cepillo, y restos del sombrero de paja, sin contar unas zapatillas viejas y un hueso.

Adela se interpuso para que no castigaran á Lindoro, pero reprendióle severamente; y el perro agachó las orejas, convencido de que había obrado mal.

LA CIGÜEÑA DOMESTICADA

El tío Guillermo tiene una cigüeña tan domesticada, que pasea con él por el jardín, introduce la cabeza por debajo del brazo de su amo, va en seguimiento de éste cuando corre, salta de una manera extraña y profiere singulares gritos de alegría.

Le han puesto por nombre *Cora*; y cuando el tío Guillermo la trajo de lejanas tierras, tenía el plumaje de color azul blanquizo. No fué poco curioso y cómico el espectáculo que se produjo apenas la introdujeron en el corral. Las gallinas, creyendo, sin duda, que era un pollo muy grande, rodeáronla al punto y comenzaron á cacarear con toda su fuerza, hasta que, llegando el gallo muy soberbio, saltó furioso y quiso herir con sus espolones á la cigüeña, pero inútilmente, porque ésta tenía las piernas demasiado largas para que su adversario le alcanzara al cuerpo, ni menos á la cabeza. Cora contempló un momento al gallo, y, alargando después su prolongado cuello, asestóle tal picotazo que le arrancó una porción de plumas, lo cual bastó para que se retirase prudentemente, seguido de sus gallinas, sin deseos de renovar la lucha con tan poderoso competidor.

A Cora no le agradaban los muchachos. Cuando alguno entraba en el corral, perseguíale sin tregua hasta que le ahuyentaba amenazándole con su duro pico; y si conseguía alcanzarle, hacíale llorar de dolor.

Cierto día, al regresar el tío Guillermo á su casa, oyó un ruido extraño en el corral: era que Cora perseguía al hijo del sastre, que había ido á llevar al amo una levita, la cual estaba toda agujereada por el pico de la cigüeña, pues el chico, para librarse de los ataques del ave, habíase servido de aquélla á guisa de escudo.

El tío Guillermo puso muy pronto término al desorden; pero en lo sucesivo, cuando el hijo del sastre debía llevar á la casa alguna prenda de ropa, arrojábala por encima de la cerca y echaba á correr.

LA SORPRESA DE LEAL

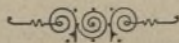
Soy un mastín á quien llaman *Leal*; y cierto día, al levantarme, mi amo me dijo que iba á recibir una sorpresa.



La cigüeña domesticada

Cuando entré en el patio, la primera cosa que vi fué un árbol muy derecho, cargado de muchos objetos á cual más bonitos, y cuyo conjunto me pareció muy singular. Dijome el amo que allí había una sorpresa para mí; y cogiendo un cajón, llegado de un lejano país, según me aseguró, abriólo y sacó el contenido. Era una especie de gualdrapa propia para mí, adornada con cintas, y con una piel muy fina en su interior. El amo la puso sobre mi lomo, y, como me hacía cosquillas, comencé á ladrar de alegría.

Mi amo dijo que me sentaba tan bien aquel abrigo, que iba á llevarme á paseo para que lo luciera; pero, apenas estuve en la calle, acercóse á mí un muchacho tocando una trompeta de metal, y de tal modo me asustó que me tumbé en el suelo patas arriba, y, arrastrándome después para alejarme, caí en un hoyo lleno de nieve. Mi amo me llamó; pero yo no podía salir de aquel atoladero, y al fin tuvo que venir á sacarme. La gualdrapa quedó estropeada del todo, y cuando volví á casa oí á mi amo decir que «el orgullo era la causa de mi caída.»



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Fanny se sintió un poco intimidada por la altanería de las maneras de la Sra. Hungerford. Sin embargo, demostró que tenía una firme aunque modesta confianza en sí misma, lo cual no disgustó en manera alguna á su señora.

Algún tiempo después Paulina pudo colocarse también en casa de la señora Erumpe, vieja dama muy rica, pero á menudo enferma y de un carácter áspero, que confesaba serle menester una joven de muy buen natural para aguantarla. Vivía á algunas millas de Monmouth, donde tenía numerosas relaciones; pero, en razón á su avanzada edad y sus enfermedades, llevaba una vida muy retirada.

No había ya más que Francisco que debiese colocarse. Resolvió dirigirse al Sr. Barlow, procurador que gozaba de excelente reputación y que conocía á la familia Frankland. El Sr. Barlow tenía justamente necesidad de un pasante; y como sabía que Francisco no carecía de capacidad, y que podía tenerse toda confianza en su probidad, no vaciló en darle aquel empleo. Francisco abrigaba, hacia poco tiempo todavía, cierta prevención contra los procuradores: imaginábase que no podían encontrarse hombres de bien en esta profesión; pero así que hubo trabajado en el estudio del Sr. Barlow no tardó en volver de su error. El Sr. Barlow no empleaba nunca las triquiñuelas de los pica-pleitos: trataba, por el contrario, de disuadir á sus clientes de que emprendieran procesos dudosos. En lugar de excitar á las partes, ponía todo su gusto y su amor propio en parar diestramente en reconciliaciones y transaccio-



La sorpresa de Leal

nes. Decíase del Sr. Barlow que había perdido más procesos fuera de la curia, y menos en justicia, que ningún otro procurador en toda Inglaterra. Su reputación era tan grande que se dirigían á él mejor como jurisculto que como procurador. Con tal principal, Francisco abrigaba la esperanza de ser muy feliz, y tomó la firme resolución de no descuidar nada para merecer la estimación y el afecto del Sr. Barlow.

Entretanto Jaime Frankland hacía perfectamente los negocios del señor Cleghorn, el tendero. Todos los clientes estaban contentes en asegurar que no habían sido nunca tan bien servidos como desde que el joven estaba al frente del almacén. Sus cuentas eran siempre de la más rigurosa exactitud, y sus facturas escritas con una claridad á que nada podía compararse. Su asiduidad á la tienda era tan constante que su principal empezaba á temer por su salud, tanto más en cuanto hasta entonces no había estado acostumbrado nunca á una vida tan sedentaria.

—Deberíais aprovechar esas bellas tardes para salir, Jaime,—dijo el señor Cleghorn.—Id de tiempo en tiempo á dar un paseo por el campo y respirar el aire puro. No tengo necesidad de teneros siempre clavado en el escritorio. Idos, ahora: he aquí una tarde tan hermosa como podríais desear. Tomad el sombrero y salid un poco: guardaré el almacén hasta que estéis de vuelta.

Hay que ser un mal amo, en verdad, para no saber apreciar los que se hacen útiles, y yo no me hallaré jamás en este caso, espero. Los buenos servidores hacen los buenos amos... Pero, dispensadme, Sr. Jaime: no quiero significar con esto que vos seáis un servidor. Es una mala manera de hablar, bien que uno no es siempre dueño de su lengua cuando el corazón se siente tan inclinado como el mío en favor vuestro.

El Sr. Cleghorn pasaba á los ojos de las gentes por un hombre poco dado á la indulgencia. No es que fuese egoísta, pero tenía formada alta idea de la subordinación en los trances de la vida. Habíase elevado por sí mismo lentamente y por grados, y pensaba que en el comercio todos deben pasar por lo



La sorpresa de Leal

que él llamaba «el mal tiempo, lo mismo que el bueno.» Veía que su nuevo dependiente había soportado bastante bien el tiempo malo, y ahora estaba dispuesto á concederle algún tanto de buen tiempo.

Jaime, cuyo afecto hacia su hermano Francisco era de los más vivos, fué á verle, y después se encaminaron juntos á casa de la Sra. Hungerford para pedir á Fanny les acompañase á paseo. Veíanla raramente desde que había dejado la casa de su padre para vivir en Monmouth, y así quedaron muy disgustados cuando la Sra. Hungerford les hizo decir por su criado que Fanny no estaba en casa y acababa de salir á paseo con los niños. No pudieron decirles qué dirección habían tomado; por manera que ninguna esperanza tenían de encontrarla. Salieron de Monmouth, y siguieron por un sendero sombrío que les condujo al campo. Era tarde ya cuando pensaron en dar la vuelta: después de haberse estado encerrados en casa durante muchas semanas, era para ellos una deliciosa novedad aquel aire fresco y puro, el verdor de los campos, el dulce perfume de las flores.

(Se continuará)

Soluciones á los problemas y ejercicios del número anterior:

Rombo: P, Mar, Papel, Reo, L.—Cuadrado: Moro, Oros, Robo, Osos.—Charadas: Señorita, Señorito, Enrique, Montera.—Rompecabezas: La Ilustración Ibérica.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES



La sorpresa de Leal

MUDANZA

Es mi total de tal precio
que á nadie se la vende
sin contarle con rigor
un total de más que pese.

JUAN GUAT

CHARADA

Ciento cincuenta
y una vocal
cinco y articulo,
una flor dan.

FRANCISCO DE P. POLO

CRIPTOGRAFÍA

a b d e f i l l n n o o o s s s

Formar con estas diez y siete
letras el nombre de un monarca
español.

TERCIO DE SÍLABAS

••• | ••• | •••

Formar, con la primera línea vertical y el primer grupo, un nombre de mujer; con la segunda otro de mujer, y con la tercera otro nombre también de mujer.

ENRIQUE ÁVILA

ROMBO

•••
•••
•••

1.ª línea vertical y horizontal, cifra romana.—2.ª, segunda persona del imperativo de un verbo.—3.ª, nombre de mujer.—4.ª, parte de la semana.—5.ª, vocal.

ANGELITA CABRERA

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.